“UN DIA A LA VEZ”

Buen consejo del psicólogo, pero ¿Qué es un día la vez en este contexto tan incierto? Me lleno de incertidumbre conforme abro los ojos y dejo las horas pasar tan pronto pongo los pies bajo la cama, sin ánimos de hacer de lo que hecho durante meses sin parar.

Actividades que creía amar las cuales me hacía sentir seguro dentro de mi hogar, ahora no las quiero realizar por lo rutinarias que se han vuelto. No me conformo, con pantallas vacías, historias vacías de gente que conozco y que sienten lo mismo que yo, que aburrido estoy con las clases en línea.

“EL SALTO “

Hasta entonces era una tarde cualquiera, de un día cualquiera. Todos se encontraban tranquilos en sus casas, comenzando a acostumbrarse a este nuevo estilo de vida. El encierro era la modalidad a la cual había que adaptarse.

Sin embrago, ahí se encontraba el, de pie en aquel balcón, sucumbió en los más profundos temores que jamás había experimentado con anterioridad. ¿Cómo pretender que nada estaba ocurriendo? ¿Cómo seguir con una vida, actuando como si todo estuviese normal? Atónitas, lo miraban su mujer y su nieta. No podían creer lo que estaban observando. Llevaban recién un mes encerrados y la calma de aquel hogar ya comenzaba a desplomarse.

“EL HUESPED”

Mi abuela barre con nostalgia, acompañada por la torpeza típica de un cuerpo que se ha visto acabado tras albergar al peligroso huésped. Me ve de reojo. “Hoy no hay casos”, me dice bajito, con un dejo de esperanza “La primera línea de la salud lo logro”. Nuestras miradas se encuentran. Sus ojos caen y no dice una palabra, mientras tengo la certeza de que los mismos pensamientos nos envuelven como la bruma.

Entonces observo el retrato de mi madre con su uniforme de hospital y no logro sonreír. Siento el pesar agónico de aquellos días. Abro la ventana y me asomo a través de ella con lentitud. Quiero decir algo, y no puedo.

“PRIMER LUGAR”

La mente del hombre iba y venía, tal cual una nave a la deriva en una tormenta. La desesperanza invadía no solo su cuerpo, sino también su corazón. Los ojos llenos de lágrimas, no había nada más en lo que pensar.

La suplica de las mujeres lo hicieron desistir de sus intenciones. Adentro en casa, lo resolverían juntos.

Nadie más dio cuenta de lo vivido por aquella familia, pues era una tarde cualquiera, de un día cualquiera.